

EL CAPELLAN MILITAR

Fray GUSTAVO RAMIREZ B.



El Capellán Militar de nuestros días no puede perder el compás de la forzosa marcha del soldado. No considere de buen augurio que sea él el que desentone y que su voz llegue con el sombrío metal de campana de una abadía medieval.

Nada grande se improvisa. Las obras mediocres, con resultados más que mediocres, las encontramos a porrillo; ellas denuncian casi sin examen al hombre superficial, al que quiso sin mayor esfuerzo, conducir a los demás y figurar en primer plano. Resultado: las cenizas del olvido que en tan desproporcionada cantidad encontramos en todos los caminos de la vida.

A esta altura de la civilización es imposible pensar siquiera que nuestra orientación y educación vamos a tener que adquirirlas solamente mediante una larga y penosa experiencia personal; pasarían entonces desapercibidos para nosotros la labor y los esfuerzos de los que nos precedieron. Nada haríamos con querer descubrir la pólvora, en lugar de servirnos de ella para avanzar más; locos seríamos, mandando razones pudiendo utilizar el teléfono.

No es meramente un ciego utilitarismo el que nos debe guiar; tenemos que saber apreciar hasta dónde y cuándo nos puede servir el esfuerzo ajeno y cuándo y cómo debemos co-

menzar el nuestro. Hoy cuando la técnica ha invadido todos los campos, querer sostenerse de glorias personales del pasado es ilógico; el que no avanza, retrocede, ha dicho alguien.

Si mis consideraciones valen para todo, hay cosas que exigen un primer puesto en ese todo. Los valores puramente materiales han alcanzado un tremendo auge porque todo se ha especificado, se ha ornaado, se ha tecnificado; vivimos al instante en todos los acontecimientos y adelantos. Los valores espirituales se estancaron, retrocediendo, no porque hayan perdido su precio, sino porque lo demás ha avanzado con el tiempo.

El día de ayer se quedó atrás y con él todo lo que era suyo. Nuestro patrimonio es lo esencial de las cosas y no lo accidental y de ninguna manera podemos exigir que nuestra manera de vivir sea la norma del mañana.

Los valores espirituales hay que colocarlos en su puesto, buscando la manera de presentarlos al orden del día, tecnificando los procedimientos, abandonando ciertos prejuicios, despojándonos de cánones perjudicialmente tradicionalistas. Hay que evitar complicaciones porque hoy todo es vertiginoso; si no poseemos el criterio preciso para obrar, mientras nos decidimos, ya no habrá necesidad de nuestro esfuerzo.

Hay que tener en cuenta todos los aspectos de su vida, los grandes y los pequeños detalles; si ellos se desconocen cojearía, por este hecho su andar. La vida privada del Sacerdote, austera en sus costumbres, de preocupaciones poco terrenas, de mucha unión con Dios, se verá trasplantada a un ambiente de aparente y constante disipación, sin intentar establecer barrera alguna su espiritualidad tendrá que estar patente a todos y él tendrá que convivir con todos.

Su vecino de pieza, el compañero en la mesa, su eventual interlocutor, no será el camarada de Seminario que le habla de teología, mística o Filosofía Escolástica, sino el hombre en toda su descarnada realidad.

Es una posición de constante compromiso, de influencia seglar permanente y de ahí sus peligros, pero que personalmente considero de grandes ventajas igualmente. El Capellán Militar es objeto de minuciosa observación y los conceptos tal vez se adelanten a sus intenciones, cuando pretenda no más salir de su recto camino tendrá el reproche y aún el desprecio.

Esta es una de las causas de la constante preocupación de la Iglesia al exigir a los Vicarios Castrenses que "den al Capellán Militar una educación esmerada"; su posición sin que la consideremos ambigua estará entre dos ambientes: es el soldado que ahora viste el uniforme de fatiga para seguir las maniobras militares o el de gala para asistir a una recepción oficial o a una gran parada y el levita caracterizado con los ornamentos litúrgicos presidiendo la oración de sus fieles.

Sus pasos tendrán que sentirse en el Altar, como en el rancho, en la barraca, en el calabozo, en el casino, en el hospital, en el alojamiento, en el campo de batalla, en el agua, en el aire; a la hora de la Misa, a la hora de la diana, cuando la muerte asoma

lenta o desesperadamente veloz en el lecho o cubierta de polvo y untada de sangre patriota. Cuando la vida llega, a la hora de la fiesta y cuando la tribulación se cierne, listo siempre como un insomne centinela.

Su acción, sin ser importunamente insistente, se extiende a la mayor parte de las actividades de la Institución Armada, manifestando en todos los campos interés y deseo de la colaboración, demostrando especial capacidad de adaptabilidad a todas las circunstancias, manteniendo en todo, su verdadera y definida posición.

No es el Capellán, por elevado que sea su grado, el militar que se impone como Jefe, es el Pastor que todo lo logra en el cumplimiento de su programa, con el tino suficiente, sin echar mano del "Firme", pero sin dejar de tomar las medidas conducentes a que todo se cumpla; poniendo así en práctica el "Suaviter et fortiter" del Evangelio.

Además, deberíamos añadir otro aspecto en cuestión: Lo típico de cada Fuerza. Necesariamente el medio tendrá que influir en el pensamiento y en el modo de obrar del hombre y como a pesar de que consideramos, en razgos generales, unidad en la vida militar, sin embargo, los ambientes son distintos, y por esto no existe en la práctica "Vocación" indeterminada para la carrera militar; todos hacen en su interior la distinción que los llevará a decidirse por la Fuerza que más se adapte a su "tendencia militar". Este concepto y su valoración constituyen igualmente una página más del Manual de adoctrinamiento del Capellán. El también debe sentir la atracción necesaria por determinada Fuerza, para no sentirse de ninguna manera un extraño. Hay que tenerle cierto cariño a la sociedad en donde se debe actuar porque todavía un sano romanticismo nos ayuda a vivir.

En cuanto a sus fieles, vale la pena que nos detengamos ligeramente en su consideración: los Jefes, en todos los niveles, que de por sí reclaman del Capellán gran lealtad, no adulación, sinceridad con todo el tacto. El Oficial que en todos los grados espera encontrar un compañero más, que dé muestras de comprender los problemas humanos. El Suboficial que aspira a que sus estrellas no sean barrera de distanciamiento con él. El Cadete y el alumno que miran en el capellán a un amigo de más experiencia que los debe guiar y que, hasta cierto punto, debe defender sus intereses ante los Comandos. El soldado que tal vez no tenga mayores aspiraciones con el Capellán fuera de oírle la misa y de escuchar de sus labios alguna instrucción, pero que es el que más lo necesita.

El asistente, el auxiliar, el adjunto, la secretaria o el especialista en todas las ramas, desean recibir algo del Capellán, una palabra de consuelo, una manifestación de solidaridad en sus problemas y justas ambiciones. La esposa, el hijo y el dependiente del personal militar apreciarán igualmente la intervención en su vida.

Ese es el escenario en que debe actuar el Capellán, estos los personajes a que debe llegar. Unos pedirán sus servicios espontáneamente, a otros tendrá que ofrecérselos con otros deberá actuar sin más preámbulos. Todos, sin olvidar a nadie, son objeto de su cuidado.

Teniendo en cuenta estos factores, el Capellán Militar debe tener la suficiente ilustración para que el período de adaptación sea lo más corto posible y lo menos penoso. Hoy, las transiciones deben experimentarse rápidamente para que no retarden el rendimiento y buena marcha de las instituciones.

Debe despertarse sin duda alguna la mística por este Ministerio, hay que

conocer a fondo los potenciales de su actividad. Muchos detalles y la destreza los dará la práctica, pero teóricamente todo debe ser completo, sin menospreciar nada.

Los peligros deben ser considerados concienzudamente pesando las propias posibilidades, para que tenidos en cuenta no vayan a servir de estorbo ni se conviertan en muro de contención, sino que obrando con entera libertad se sienta el Capellán holgado en el desempeño de sus funciones. Las prohibiciones nacidas de falta de seguridad son fatales. Si alguno debe sentirse en su puesto, dueño de sus actuaciones es el Capellán; su misión es tan específica y los medios de que dispone son tan eficaces que su aceptación en el medio es indiscutible.

Necesariamente tenemos que admitir lamentables fracasos y defecciones, pero si examinamos sus causas estos se deberán a la inexperiencia y falta de orientación, en elevado porcentaje. Material humano y de óptima calidad existe; con cierto cultivo y buena preparación se obtendrá un ciento por ciento de eficacia.

Personalmente he podido constatar, que la labor de los capellanes es tan corta porque no sabemos lo que tenemos en las manos. No me creo con la experiencia suficiente para sentar cátedra en el particular, pero mi observación cotidiana me permite asegurar que no estamos en condiciones de hacerle frente al problema.

En nuestro medio el capellán va a intentar cumplir su misión dentro de una organización completamente desconocida por él. Ignora el rodaje del medio militar, no ha captado la idiosincrasia del personal y comenzará por tantear para adivinar por dónde debe empezar su labor; si no consigue inicialmente algún entendimiento, se de-

jará llevar de los prejuicios y considerará el medio hostil a sus esfuerzos. Se creará un elemento extraño que pugna por traspasar una barrera infranqueable, tomará una posición de resistencia a lo que pueda contribuir a la mutua comprensión y allí habrá terminado todo. El se manifiesta abiertamente antimilitarista y los militares considerarán al sacerdote un ser intransigente, retrógrado. Conceptos estos completamente contrarios a la verdad: el sacerdote, inicial y aún posteriormente deseoso de colaborar en este ambiente y el ambiente tan a propósito para su trabajo.

En estas precarias circunstancias es imposible pensar que la asistencia moral y religiosa al personal militar sea

prenda de seguridad. Nuestro Capellán se ha ido "creando" él solo, sufriendo en carne propia la "reclutada", para mantenerse en un plano completamente desconocido dentro de la organización.

Necesita el Capellán en primer lugar **educación** y durante toda su carrera asesoramiento técnico, ideas definidas, dirección acertada para que su labor dé resultados. Por esto casi todos los Vicarios Castrenses han organizado un Centro de orientación o Escuela de Capellanes, atendiendo así al llamado urgente de la Santa Sede y convencidos de su importancia, mantienen además el estado profesional del Capellán al día.

El apóstolado Castrense interpreta y realiza el pensamiento de Bolívar; "La unión del incensario con la espada forma la verdadera Arca de la Alianza".